

# editorial

1556 - 31 de julio - 1956

*El 31 de julio de 1556 —hacen exactamente cuatrocientos años— moría en Roma un gentilhombre español llamado Ignacio de Loyola.*

*Pocos han dejado en la historia que les sigue una huella tan profunda como la que dejó este hombrecito de pequeña estatura, que en su juventud había sido capitán de milicias de un señor de esos reinos y, convertido luego a un más alto servicio, a “guerrear para Dios bajo el estandarte de la Cruz”, dejaba al morir una nueva Orden religiosa, que él gustaba llamar “la mínima Compañía de Jesús”.*

*Cuatrocientos años han pasado desde entonces. Y he aquí que en este mes de julio de 1956, en toda la redondez de la tierra y en más de un centenar de lenguas y dialectos, treinta y cuatro mil jesuitas sucesores de aquellos primeros compañeros de Ignacio, herederos de su espíritu y continuadores de su obra, recuerdan con cariño y veneración la memoria de su Fundador y Padre, elevado ya hace más de tres siglos al honor de los Altares: San Ignacio de Loyola.*

*Verdad es que vivimos en una época de “centenarios”, y que continuamente se celebran los centenarios del nacimiento o de la muerte de quienes se han destacado en los campos más diversos. Sin embargo, creemos que el centenario de Ignacio de Loyola no es uno de tantos. Para confirmarlo, basta significar el aporte de Ignacio a los siglos que vinieron tras él, condensado en dos nombres: los Ejercicios Espirituales y la Compañía de Jesús. Este es el legado de Ignacio a la humanidad.*

*Los Ejercicios Espirituales, ese pequeño librito en que dejó a sus semejantes “lo mejor que en esta vida podía pensar, sentir y entender así para el hombre aprovecharse a sí mismo, como para poder fructificar, ayudar y aprovechar a otros muchos”, libro “pequeño en volumen pero repleto de celestial*

sabiduría", en palabras del Papa Pío XI; ¿podrá alguien medir la influencia que este librito ha ejercido en el mundo, a través de los millones de hombres y mujeres de toda condición y estado que han hecho esos Ejercicios ignacianos y que en ellos han ordenado y orientado sus vidas, y de ellos han sacado, no pocas veces, la inspiración y decisión para grandes empresas? Y hoy, como ayer, sigue Ignacio ofreciendo a este mundo convulso en que vivimos esos sencillos principios para "ordenarse el hombre a sí mismo" y ocupar ante Dios y ante sus semejantes su verdadero lugar, enderezando sus acciones a obtener el fin para el que fué criado, único que da auténtico sentido y orden a su vida. Lo que equivale a decir que los Ejercicios ignacianos conocidos y vividos harían más, por la paz a que todos aspiran, que todas las sociedades de las naciones, y todas las conferencias y discursos de los jefes de estado.

En cuanto al otro aspecto del legado ignaciano, que es ese mismo espíritu de los Ejercicios, vivido hasta sus últimas consecuencias, concretado en las Constituciones de la Compañía de Jesús por él fundada, también ésta aparece hoy, tras cuatro siglos de vida, tan eficaz y actual como lo fué en tiempos de Ignacio. Lo prueba el desarrollo extraordinario que ha alcanzado, y la multiplicidad de su acción en todos los campos. Lo cual evidencia en su Fundador la visión honda del genio, cuyas concepciones escapan a las limitaciones de épocas y lugares y a las urgencias de un momento o una labor determinados. La obra de Ignacio es de ayer, de hoy y de siempre. Como la "sancta Yglesia hierarchica", a la cual quiso estuviera tan íntimamente unida y de cuya perennidad y fecundidad parece así haber participado de un modo especial.

Si corona de un hombre son sus obras, Ignacio de Loyola —a cuya figura y obra dedicamos en homenaje filial este número extraordinario de ESTUDIOS— tiene en la historia religiosa y civil de la humanidad un puesto de honor que cada nuevo siglo que pase irá confirmando más.

*La Dirección*